

MAR CONGELADO

Nunca me imaginé que iba a ganar mi proyecto, subí los costos, me di el gusto con los detalles más exóticos que se me ocurrieron y no pusieron problemas, al contrario puras felicitaciones y la sorpresa del premio. Este viaje para toda la familia, cuatro pasajes y una estadía en un lujoso resort en la isla de San Andrés. A un lado de mi asiento en el avión se sientan mis hijos, Mariana y mi concho Benjamín, en sus últimos días de vacaciones de verano, se disputan la elección de la próxima película. La azafata de impecable rojo, uniforme línea Avianca, trae los tragos que hemos pedido con Elena, mi esposa. Ella se voltea con entusiasmo, sonrío y una sarta dorada de su cabello me abraza y se enredan con el negro y plata del mío. Vuelo eufórico, dueño de mi plácido destino, el avión mece mis ensueños, tienden a escaparse entre las nubes. Un golpe ¡un salto al vacío! Elena se estremece y aprieta mi mano. Se escucha una voz tranquilizadora, ajusten sus cinturones, son sólo turbulencias.

Un pasajero apresurado retoma su lugar, viene del baño quizás. Alto, airoso, resalta con su gamulán anaranjado, me alerta una estela perfumada venida desde lejos... No, no podía ser, es él ¡Ricardo! me salta el corazón. Ahora el susto es mío, me zamarrea en lo más íntimo y escondido. ¿Por qué viene a aparecer después de tanto tiempo? Es un hombre sensacional, los años fueron más generosos con él. El miedo enturbia y enciende los recuerdos. Observo su

melena a la moda, sus anchos hombros y a veces su perfil romano desde mi asiento. Mientras volamos revolotean mis hormonas, pronostican un accidente inevitable, un siniestro.

A Mariana no le gustó la película de vaqueros, le pide a su mamá que decidamos entre los cuatro mientras hojea las revistas y folletos. Tiene diecisiete años, este año dará la prueba de aptitud, papito lindo, quiero ser un arquitecto como tú, me lo ha dicho muchas veces abriendo los ojos apasionados y cándidos. Ella, levantada en sus zuecos, con sus faldas mini o sus pantalones pata de elefante es nuestra estrella familiar y mi cable a tierra. Llevo a Elena reclinada en mi hombro, sueños y nubes por la ventanilla del avión, no percibe mi turbación.

Ya en la isla. El ambiente es pesado, me han hablado del calor agobiante pero creo que es por otra razón. Ricardo se cruza -¿Lo conoces papá?- pregunta Benjamín. No me queda otra opción, lo presento como mi dibujante colaborador del proyecto.

Hemos conversado en el bar, para él no fue sorpresa, planeó el encuentro, hacía mucho tiempo que me buscaba, no me había podido olvidar. Mi cabeza, mi corazón están a punto de estallar. Quedamos de encontrarnos un día en la playa al anochecer.

Miro la luna envuelta en llamas, hermosa en el cielo azul, se refleja en el agua. Es gloria e infierno. Con pasos vacilantes voy hilando los recuerdos. Sus ojos de mar embravecido son los mismos, me incitan a ahogarme en ellos. Hay ternura acumulada, son olas que me empujan a sus brazos que ahora tienen la

fuerza del tiempo. La noche no es capaz de esconder mis sentimientos y vamos internándonos en la playa cristalina que se tiñe de rosa, de rojo intenso...

No puedo evitarlo, él sabe cómo brillar y ha ganado un lugar que es sólo mío. Sufro con las carcajadas de Benjamín celebrando sus chistes y los labios entreabiertos de Mariana con sus historias increíbles. Anoche, en el comedor, Ricardo cantó una canción de Nino Bravo, aplausos por doquier, solo yo leo ironía escondida que me golpea y entristece. “¡Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre...” En la piscina luce sus calugas con descaro, es el único que se lanza en zunga del más alto trampolín. Veo a Elena desconcertada en un rincón, como cuando pololeábamos y tenía miedo al mar pero sonreía cuando las gotas salpicaban su cara. Adivino, algo teme en la arena de esta playa.

Un tarde Benjamín me muestra la última foto tomada con su Polaroid: Mariana y Ricardo sonriendo en la piscina -El hace unos piqueros increíbles, tú lo viste- exclama Benja eufórico- ¡me va a entrenar! Y señalando a Mariana agrega - ¡Y a ella le va a enseñar a nadar con estilo -Si papá, es muy amoroso tu amigo- cuenta ella, brillan sus ojitos tiernos -fíjate que con unas pocas clases ya me siento una nadadora profesional, puedo seguir en Santiago, hace clases particulares ¡quedamos de acuerdo!

Siento frío, se agita la marea, demasiado fuerte. Antes que empiece el temporal tomo una determinación. Comunico en la administración que por un motivo imprevisto debemos ausentarnos definitivamente y pongo término a nuestra estadía.

Con dolor veo estallar la ilusión antigua y desaparecer en las aguas teñidas de la isla. Esta mañana, en el aire enrarecido del aeropuerto, un viento gélido desde el mar, bien llamado de siete colores, congela todas mis mañanas en la isla de San Andrés.